

Por una montaña viva. Gestión Sostenible de espacios de Montaña.

Ignasi Aldomà / Máster en Gestión de Áreas de Montaña

Patrimonio cultural, emociones y paisaje de montaña

Participación en el encuentro esMontañas, Morella 12 de marzo de 2019

“Otra montaña, una cima ideal como una nueva ciudad de oro y de diamante surgirá del espacio luminoso, y allí vivirán para siempre los elegidos, flotando en el aire sobre las gozosas cimas, ¡muy por encima de esta tierra de angustias y desgracias!” (Élisée Reclus, 1880).¹ Así concluye el geógrafo Elisée Reclus la leyenda de Isaías que nos viene a situar ante la montaña mítica, morada de los Dioses, tierra prometida de los buenos mortales y espacio de áurea felicidad que ha representado la montaña para muchas generaciones de antepasados

En la medida que nos hemos vuelto más descreídos y en la medida que el hombre ha conquistado todas las cumbres y rincones del planeta, las montañas han ido perdiendo el lustre mítico y sagrado que tenían, constataba ya Élisée Reclus. El progreso material y tecnológico y la banalización de la cultura amenazan el alma mítica de la montaña; algún día llegará que para estar en paz con nosotros mismos ya sólo podamos coger la barca para encontrarnos solos en medio del mar, apuntaba Reclus. Pero a pesar de su pesimismo, el geógrafo francés no perdió la fe y la esperanza en “los frescos valles de las montañas, los torrentes que surgen de las nieves invioladas y las pirámides blancas o rosadas que se alzan en el azul del cielo” (2008, p.236).

Hoy, al cabo de cerca de 150 años de la publicación de su obra, la montaña de Élisée Reclus nos continúa inspirando. Ahora bien; ¿el escritor pensaría todavía lo mismo hoy en día? Es muy improbable. En la mayoría de los territorios de montaña que hacían volar su espíritu y lo estimulaban ya no se encuentran los pastores que componían sus paisajes, ni los habitantes de las montañas que transmitían una cultura plena y lo introducían en el conocimiento profundo del país. Hoy continúan muy presentes las mariposas, los pájaros y los bosques que tanto le entusiasmaban, pero los habitantes de las montañas se han hecho extraordinariamente escasos y han pasado a ser víctimas de las modas que tanto disgustaban a Élisée Reclus. La montaña se ha convertido en el valle de lágrimas por excelencia que el geógrafo auguraba y situaba más bien en el mundo de los mortales de las ciudades y las llanuras. El mundo cultural de la supuesta autosuficiencia y autonomía montañera ha sido barrido; la mayoría de los habitantes ha desertado de la montaña y los pocos que quedan tienen especiales dificultades para ganarse la vida y mantener niveles de bienestar satisfactorios.

Querríamos soltar nuestra imaginación y entusiasmarnos con la lírica montañera de Reclus y sus émulos contemporáneos. Pero ente estos últimos decenios la montaña mítica se ha fundido y la supervivencia del hombre en la montaña exige un esfuerzo duro y prosaico: ¿cómo ganarse la vida en la montaña?, ¿cómo repoblar territorios condenados a día de hoy a perder la poca población envejecida que queda? Así lo hemos entendido desde la Academia,

¹ . De la obra clásica de Elisée Reclus sobre “Historia de la montaña” publicada en 1880 y consultada en la versión del editor José J. de Olañeta, Barcelona, 2008.

desde los Departamentos de Geografía de las Universidades de Barcelona, Autónoma de Barcelona, Rovira y Virgili, Girona y Lleida, al organizar el Máster en Gestión de Áreas de Montaña que se ha iniciado este curso 2018-2019. Por sus singularidades físicas indiscutibles y por la singularidad de los procesos humanos que estas implican, las montañas necesitan de un tratamiento y atención especiales, de unos conocimientos específicos y transversales que desbrozan soluciones y, en consecuencia, de unos profesionales bien pertrechados para afrontar las dificultades: es la voluntad del nuevo Máster.

Cómo toda obra y proyecto, la actividad y la vida en montaña necesitan compromiso y emoción, y las montañas albergan unas simbologías y unos imaginarios que pueden jugar en su favor. Quizás no sean exactamente los mismos que Élisée Reclus nos descubría, pero sí que muchos son todavía vivos; novelas, poemas y obras de arte nos lo recuerdan todavía a diario. Las montañas continúan jugando su poder de atracción sobre nosotros, y estos hechos no pueden pasar desapercibidos en cualquier formación referida a la montaña. Porque de la atracción de la montaña depende el estímulo de una juventud y unos estudiantes que la habrán de revivificar.

Los imaginarios y las expectativas puestas sobre la montaña no son, pero, las mismas para todo el mundo y así lo hemos podido comprobar también en los estudiantes del primer año del Máster (curso 2018-2019). La sensibilidad por los temas ambientales y la necesidad de prácticas respetuosas con el medio ambiente es general entre los jóvenes; pero una frontera separa dos mundos igualmente necesarios para el futuro de la montaña. De un lado, los jóvenes hijos de familias montañosas que querrían ejercer su profesión en su lugar de origen, pero no saben muy bien si lo podrán hacer. Por otro lado, los hijos de familias urbanas, con las raíces rurales seguramente alejadas, que sienten la atracción por la naturaleza y los paisajes de montaña y que desearían vivir allí algún día. Los primeros hacen gala de un notable pragmatismo y contemporizan entre el respeto medioambiental y la necesidad de ganarse la vida; no acostumbran a poner límites a los esfuerzos que se hacen para desarrollar viejas y nuevas actividades en montaña. Mientras los segundos identifican montaña con naturaleza, se encuentran atraídos por el ideal de una naturaleza prístina y se muestran especialmente recelosos con las acciones que perturban los ecosistemas de montaña.

Son diferencias de percepción importantes que se encuentran detrás de algunos de los debates de fondo actuales en las áreas de montaña:

- ¿Tenemos que proteger los ganaderos o tenemos que poner un límite a la reintroducción del oso?
- ¿Tenemos que continuar con la promoción y expansión de los dominios esquiables o los tenemos que restringir?
- ¿Tenemos que aceptar la implantación de aprovechamientos mineros o los tenemos que frenar?
- ¿Hasta dónde tenemos que llegar en la implantación de energías renovables?...

Las respuestas no son fáciles, pero con conocimientos y buenos instrumentos de gestión, es posible encontrar una ensambladura que satisfaga las partes, y estas son las herramientas que nos ha de procurar una sólida formación en la gestión de la montaña.

En paralelo al choque entre los imaginarios productivista y ecologista, no podemos dejar de señalar, también, un imaginario dominante que altera y distorsiona la visión de la propia

montaña, que no es un territorio uniforme. Las visiones de la montaña están dominadas por la alta montaña o la montaña alpina, que es la que aparece detrás de los relatos de Élisée Reclus y de la mayoría de los autores europeos que tienen el horizonte alpino como referente. Son los paisajes que atraen el imaginario montañoso del ancho mundo; los que se encuentran detrás los relatos de las grandes conquistas de la montaña, de los Juegos Olímpicos de Invierno y de las gestas de los deportes de nieve.

Pero hay también una montaña mediterránea o montaña seca que reclama la atención. Quizás no sufre las condiciones climáticas extremas de la alta montaña, pero experimenta también las dificultades propias del relieve, y suma además las dificultades de un medio árido. Y sufre de una carencia especial de reconocimiento que la mantiene casi invisible, refractaria a la atracción de visitantes. Es la montaña mayoritaria en los países mediterráneos o, podríamos decir aún más, el territorio mayoritario en los países mediterráneos. Esta montaña es la que hoy en día requiere también un mayor esfuerzo colectivo de recomposición de imaginarios; imágenes y emociones para estimular a sus habitantes y para llamar la atención de ciudadanos y administraciones que habrían de fijar una mayor atención en estos territorios.

Desde la planificación y la gestión (desde una formación que se preocupe por estas áreas), la continuidad del hombre en la montaña es un objetivo hercúleo, que tiene que ser, en cualquier caso, abordado en toda la diversidad de sus instrumentos. Recordemos a modo de síntesis: el mantenimiento de la actividad agraria (la industrial que sea posible y la artesana), el aprovechamiento de energías renovables, la economía de los servicios turísticos, los servicios ambientales reconocidos por la comunidad, las infraestructuras de bienestar indispensables y una estructura urbana cohesionadora imprescindible.

Ignasi Aldomà, coordinador UdL



Máster interuniversitario en Gestión de Áreas de Montaña

